

Precariedades, emergencias: La precariedad que se repite

por JUAN MANUEL ESPINOSA RESTREPO | Instituto Caro y Cuervo, Bogotá | juan.manuelespinosa@gmail.com

Desde el inicio de mis estudios en literatura en Colombia una idea fundamental en la toma de decisiones a la hora de seguir mi camino como investigador y docente fue la de cómo evadir la precariedad laboral y la de recursos necesarios para continuar investigando. Creía que eso era una preocupación exclusiva de países como Colombia y que en Europa o Estados Unidos se resolverían. Después de estudiar en España y luego en Estados Unidos, me he dado cuenta que no es así. No se puede escapar de la precariedad.

Sin embargo, y de esto me di cuenta luego de buscar infructuosamente una posición con permanencia en universidades norteamericanas y luego de volver a Colombia, la precariedad no es una limitación simplemente. Es en efecto la condición de posibilidad de la investigación sobre Latinoamérica, sin importar desde dónde se produzca. Si la entendemos no solo como dada de antemano e ineludible, sino como el lugar desde el cual puede surgir la investigación, podemos entender y valorar las nuevas prácticas y los nuevos espacios desde donde se está dando la creación de nuevo conocimiento y la reinterpretación del antiguo; y no sólo entender o valorar, sino también adaptarnos a los nuevos criterios de valoración que deberemos aplicar a la hora de comprender las diferentes formas e impulsos de investigación que surgen en cada uno de los lugares donde se estudia y trabaja sobre Latinoamérica.

Al inicio de *El siglo de las luces* (1958), tan pronto Victor Hugues llega a casa de Esteban, Sofía y Carlos, varios instrumentos de medición y algunos utensilios básicos de química hacen su aparición en medio de juegos de mesa y otros pasatiempos. Alejo Carpentier parece estar narrándonos, entre muchas otras cosas, un momento preciso de la historia de

esa actividad humana que en La Habana del siglo XVIII podía ser sólo un pasatiempo o un deber de las clases altas para informarse e instruirse, pero que hoy en día llamamos investigación: la constante permutación de ideas y patrones para producir conocimientos que complementen o que pongan en tensión lo que se da por sentado. El modelo investigativo que se enseña en pregrados y postgrados, no importa si es en Estados Unidos, en América Latina o España, busca de alguna manera u otra recuperar o preservar ese imaginario de espacios y prácticas.

La novela de Carpentier tiene mucho que decir acerca de la investigación de nuestros días, pues luego nos revela que esas prácticas y esos espacios no son suficientes para lograr lo que inicialmente se buscaba con ellos. La Historia ha entrado también a la casa, y Esteban, Victor y Sofía no pararán de moverse a un lado y otro del Atlántico sin poder volver a recuperar esos juegos y experimentos que buscaban dar claridad a la complejidad de la experiencia vivida. Sin ser investigadores tal y como entendemos esta palabra hoy día, estos son personajes que están buscando en un lugar, y luego en otro, nuevos elementos para sumar a ese ensamblaje que poco a poco construyen sobre el mundo. Y al final de la novela percibimos que la búsqueda de esos elementos es un proceso en lucha constante con múltiples precariedades.

Si entendemos la investigación como esa búsqueda veremos cómo consiste en gran medida en un escape de una precariedad por medio de la otra, para de nuevo tener que escapar otra vez. Como investigadores y como lectores somos herederos del imaginario del lector burgués y del investigador autodidacta que habría de encontrar pronto su lugar en la universidad al aparecer el currículo de las “artes liberales”. Ese currículo se pone en duda

en cada vez más universidades donde se busca aumentar las utilidades de sus facultades. Sin embargo, se nos olvida que ese ideal sólo existió en unos cuantos momentos aislados y para unos cuantos afortunados. Pero que no exista ahora, o que esté desapareciendo o que lo hagan desaparecer, no quiere decir que la investigación como tal se haya acabado.

La precariedad nos rodea en la investigación, y no sólo en estos momentos. Nos ha rodeado siempre. A la hora de trazar proyectos y a la hora de investigar aparecen siempre incertidumbres, limitaciones y contratiempos, eventualidades que no permitimos que nos detengan si deseamos concluir el proyecto. El sueño de todo investigador, no sólo en las humanidades o en las ciencias sociales, es tener los recursos, los espacios y las vías que aminoren la precariedad.

¿Qué pasa si pensamos la precariedad como la condición de posibilidad de la investigación, y no solamente como un efecto y un producto de las exclusiones de clase, género, raza, edad o identidad sexual? ¿Qué ocurre si vemos la investigación como el movimiento constante desde una situación precaria a la siguiente?

A diferencia de cómo se enseña en los manuales de cada disciplina —estoy pensando en el *MLA Handbook for Writers of Research Papers*, pero incluyan aquí el manual de cada una de sus disciplinas— la investigación no sólo es la definición de un objeto y una metodología con la ayuda de un archivo o de un corpus; es, también, y más que nada, la manipulación y el uso de estas dimensiones a la luz de lo factible que sea llevar a cabo esta investigación. Esa manipulación y uso de los recursos y del tiempo frente a

limitaciones ineludibles, eso es trabajar en medio de la precariedad de la investigación.

Enseñar y enseñar a investigar en literatura y cultura en Colombia es enseñar en gran parte que la investigación es en mayor o menor medida una confrontación con la precariedad. ¿Cómo lograr manejar un corpus cuando el corpus mismo no está presente en ninguna biblioteca o archivo en el país, y si está, yace sólo en idiomas que los estudiantes no dominan porque nunca han tenido los recursos ni el tiempo para hacerlo? ¿Qué hacer con estudiantes que sienten desamparo en la institución porque toda institución siempre los ha desamparado, y que por ello ven desde lejos su contacto con el tema de estudio, y que por ello no atacan el objeto de estudio con la confianza —o el exceso de confianza— de estudiantes que siempre han estado seguros de sí mismos porque las instituciones siempre les han dicho que nunca los dejarán de lado —aunque en efecto sí lo hagan? ¿Qué hacer cuando los estudiantes se aferran a la normatividad como si fuera un flotador en medio de la precariedad porque les permite crear palacios de poder y de prestigio cultural e intelectual? ¿Cómo enseñarles a los estudiantes que investigar no es simplemente repetir el conocimiento normalizado sino dejar emerger nuevas constelaciones de ideas, conceptos, señas o marcas que les permitan hablar con autoridad desde la precariedad múltiple e inacabable? No hay respuestas permanentes a estas preguntas.

Héctor Belascoarán Shayne, sin embargo, el detective creado por Paco Ignacio Taibo II, sí parece tener esas respuestas. A diferencia de los detectives clásicos, investigadores por excelencia que dependían de sus propias facultades de intuición y razonamiento y de un espacio en calma y en silencio donde poder pensar, Belascoarán

persigue las pistas en un mundo con la precariedad que le llega al cuello. Si bien sus facultades individuales son absolutamente necesarias, él resuelve enigmas y problemas porque, más que nada, tiene amigos y conoce gente. Los amplios tejidos sociales que él domina le permiten moverse, investigar y sobrepasar los obstáculos puestos por diferentes facetas de la precariedad omnipresente. Es esta asociación de personas, intereses y objetivos que permiten que el avance de las investigaciones, tanto para Belascoarán como para los estudiantes en Colombia, sigan adelante.

Y es por ello que Internet se ha convertido en el lugar propicio para que aparezcan nuevas prácticas investigativas y el lugar idóneo de divulgación y archivo: No sólo debido a la facilidad en términos de acceso físico y económico a datos, conocimientos y experiencias, sino también porque las mismas normas que en el mundo real sólo parecen interrumpir y bloquear alternativas de colaboración y asociación se disuelven o son por completo inexistentes en los espacios digitales. El código napoleónico, el texto que subyace a la mayoría de construcciones jurídicas e institucionales en los países latinoamericanos y que durante un par de siglos ha producido tanto los intentos de ordenamiento, normatividad y legalidad de estas naciones, así como mecanismos que permiten o incluso acentúan la precariedad, este conjunto de reglas no parece tener asidero alguno en Internet. El mundo de la precariedad que vivía debajo del mundo ideal creado por ese mundo código napoleónico, ese mundo que Belascoarán sabe transitar con tanta facilidad y que hasta hace poco era localizado y limitado no sólo a niveles nacionales sino regionales, con las herramientas digitales empieza a tener no sólo mayor libertad para existir sino mayor difusión.

Las respuestas a las preguntas que hago más arriba se responden por un momento con una palabra: Internet. Pero de inmediato Internet, tal y como el código napoleónico, pasa de ser solución y se convierte en problema: ¿Qué hacer cuando no hay herramientas para delimitar un corpus porque en términos prácticos es infinito? ¿Qué hacer cuando Internet se convierte en el ámbito contra el cual uno debe luchar porque la total ausencia de normatividad produce para efectos prácticos los mismos efectos que el exceso de normatividad? ¿Qué hacer cuando el hábil manejo de herramientas digitales se convierte en un campo de distinción y de poder que impide la creación crítica de nuevo conocimiento y de nuevas experiencias? Tampoco hay respuestas permanentes a estas preguntas. Sin embargo, eso no impide seguir buscándolas. Y eso es lo que se aprende al moverse de precariedad en precariedad, permitiendo que emerjan nuevos conocimientos. ■